

Cuando se hundió la economía de Estados Unidos

1929: El "jueves negro"

Luis Granovsky

HACE cincuenta años, el mundo se veía sacudido por la crisis más brutal que hasta entonces hubiese sufrido el capitalismo, y desde entonces, el crack del 29 quedó incorporado a la Historia mucho más que como un año, significando el comienzo de una larguísima depresión para el mundo capitalista, de la que se saldría casi una década después, bajo el signo del armamentismo y la guerra. La sombra de aquel «jueves negro», el jueves 24 de octubre de 1929, planearía durante muchos años sobre el recuerdo y la economía de los norteamericanos y europeos, y sus efectos influyeron decisivamente en el acontecer político mundial: el nazismo, los Frentes Populares en España y Francia, el New Deal, son sólo algunos ejemplos de ello.

LA década del veinte era para Estados Unidos una cierta prolongación de la prosperidad que se había vivido desde finales del siglo XIX, época de consolidación de los grandes consorcios industriales y financieros y de la expansión político-económica de Estados Unidos en el mundo. La Primera Guerra Mundial marcó, también, la transformación del país en nación hegemónica, y la posguerra encontró a las potencias europeas dependiendo cada vez más de la buena marcha de la economía norteamericana.

Pero también el período de la posguerra mostraba a un capitalismo necesitado de un reacomodamiento, en un equilibrio inestable en el que coadyuvaban las crisis locales de los países europeos, la presencia de la Rusia soviética, la nueva posición de Estados Unidos en el mundo y las variantes introducidas en la explotación y producción capitalista por las

nuevas técnicas industriales. En 1921, en el III Congreso de la Internacional, Lenin señalaba que «no hay razón para hablar de un restablecimiento del equilibrio después de la guerra. El mercado mundial está desorganizado. Europa tiene necesidad de los productos norteamericanos pero no puede dar a los Estados Unidos ningún equivalente. Europa está anémica. Estados Unidos, atrofiado. El cambio oro está suprimido. **Las continuas e imprevistas fluctuaciones del cambio transforman la producción capitalista en una especulación desenfrenada.** El mercado mundial ya no tiene equivalente general. El restablecimiento del curso oro en Europa sólo podría ser obtenido mediante el aumento de las exportaciones y la disminución de las importaciones, pero la Europa arruinada es incapaz de esta transformación. Estados Unidos se defiende a su vez de las importaciones europeas elevando las tarifas aduaneras». Agudo observador de la realidad, anticipaba algunos de los elementos que influirían decisivamente en el crack del 29.

←
Aspecto de la Bolsa neoyorquina
el 24 de octubre de 1929.

LA ECONOMIA USA EN LA DECADA DEL VEINTE

Desde principios de siglo y mucho más en la posguerra, se producía una renovación tecnológica que modificaba los sistemas de trabajo y de producción, con un desarrollo incesante de las fuerzas productivas que conducía a un agudo proceso de concentración monopólica. En 1914 ya el 30 por 100 de la industria funcionaba con energía eléctrica y en 1929 lo hacía el 70 por 100; es la época del «taylorismo» en las fábricas, con crecimientos de la producción del orden del 12 por 100.

Es también el momento de la standarización, de la electrificación agraria y de la introducción de modernas maquinarias para la explotación agrícola, la organización de las oficinas administrativas, la creación de Escuelas especializadas con formación de técnicos también standarizados y los nuevos métodos de organización del trabajo. Ejemplificado por **Chaplin** en **Tiempos Modernos**, se impone un sistema basado en la rigidez que lleva, por ejemplo, a la supresión del almuerzo y la imposición del horario corrido en los talleres. Es, además, una época de paro: entre 1920 y 1929 éste oscilaba entre 1,5 y 4 millones de norteamericanos.

Pero así como los signos de la transformación económica de fines del siglo XIX habían sido la revolución agraria y la aparición de los mo-

nopolios, la década del veinte se caracteriza por la consolidación de los trusts y el dominio de la economía norteamericana por las famosas **Doscientas Corporaciones**, que a tal punto dominaban el mercado que estaban ya bloqueando su capacidad compradora. En un estudio realizado por **Adolph Berle** se señala que, «si comparamos los activos combinados de las 200 corporaciones no bancarias más importantes con el activo de todas las corporaciones no bancarias, su papel dominante adquiere mayor relieve. Estas compañías, 42 de ellas ferroviarias, 52 de servicios públicos y 106 industriales, cada una de ellas con un activo de más de 90 millones de dólares, tenían en conjunto, a principios de 1930, un activo de 81.074 millones de dólares. Según un cálculo basado en las cifras de impuesto sobre la renta, el activo total de todas las corporaciones no bancarias ascendía ese año a 165.000 millones de dólares. Así pues, **200 grandes compañías controlaban el 49,2 por 100, o sea casi la mitad de la riqueza de todas las corporaciones no bancarias, en tanto que la otra mitad era propiedad de más de 300.000 compañías más pequeñas**».

Este mismo fenómeno se observa si se consideran las empresas industriales. En 1914 existían 273.000 establecimientos que agrupaban a 7 millones de obreros, y en 1929 su número se había reducido a 207.000, aunque

CUADRO 1

Distribución de la renta en EE.UU. en 1929

Clase de réditos (en dólares)	Número de familias (en miles)	Porcentaje acumulado del número total de familias	Porcentaje acumulativo de la renta
0 a 1.000	5.899	21,5	4,5
1.000 a 1.500	5.754	42,5	13,0
1.500 a 2.000	4.701	59,6	23,6
2.000 a 2.500	3.204	71,2	32,9
2.500 a 3.000	1.988	78,4	40,0
3.000 a 5.000	3.672	91,8	57,9
5.000 a 10.000	1.625	97,7	72,0
10.000 y más	631	100,0	100,0

ocupaban a 8,2 millones de trabajadores. Pero para que este proceso de concentración sea visto en su conjunto, es inevitable referirse a la concentración de la renta: si 200 empresas controlan la mitad de la renta, 2.000 personas, sobre una población de 125.000.000, tenían posibilidad de controlar y dirigir la mitad de la industria.

Si se observa el Cuadro I se notará que alrededor de seis millones de familias (más del 21 por 100) recibían rentas inferiores a los 1.000 dólares anuales y otras seis millones inferiores a los 1.500 dólares: es decir, que el 42,5 por 100 del total de familias recibían sólo el 13 por 100 de la renta nacional. Inversamente, unas 36.000 familias, el 0,1 por 100, también recibían el 13 por 100 de la renta. Finalmente, se desprende que en 1929, uno de los años más ricos de Estados Unidos, el 60 por 100 de la población percibía un promedio de 2.000 dólares anuales que no era lo suficiente para satisfacer las necesidades imprescindibles de vida.

En estas condiciones, se explican las grandes luchas obreras que sacudieron a Estados Unidos en esa década. Siderurgia, minería, ferrocarriles, transportes, puertos habían sido sacudidos por huelgas en demanda de mejores condiciones de trabajo. Frente a este movimiento, las grandes empresas ejecutaron una estrategia consistente en la creación de sindicatos patronales —los **Company Unions**, que ganaron fama organizando grupos de esquirolles durante las huelgas—; el hostigamiento violento contra los sindicatos obreros —como la firma de una garantía por parte del trabajador, al ser contratado, de que no se afiliaría—; y una elevación de los salarios como medida política, ya que éstos podían ser tirados en función de la política económica de la empresa.

Esta actividad llevó a un permanente debilitamiento del sindicalismo, ayudado por la posición reformista de la A.F.L. (**Federación Norteamericana del Trabajo**), que había participado, junto a la burguesía, en la «gran alianza nacional» en la época de la guerra. En 1920 la A.F.L. nucleaba a casi cuatro millones de trabajadores, mientras que los sindicatos patronales apenas superaban los 350.000: nueve años más tarde éstos sumaban 184 organizaciones, con 1,2 millones de afiliados, mientras la A.F.L. no llegaba a los 2,5 millones. El crack del 29 encontrará a los trabajadores norteamericanos con una constante caída del nivel de vida, bajos salarios y desocupación y con sus organizaciones sindicales debilitadas o incluso casi desaparecidas, como la legendaria **I.W.W.**

A su vez, la economía norteamericana se ligaba cada vez más a la europea, que, en una crisis permanente desde la posguerra, se debatía en cada vez mayores convulsiones políticas, sociales y monetarias. La miseria, el paro, la inflación eran la característica de la Europa de los años veinte, enmarcadas en un capitalismo que, como señalábamos, no terminaba de reacomodarse.

La transformación de Estados Unidos en país hegemónico en todos los aspectos tuvo dos efectos dramáticos para Europa: por un lado, al cerrar sus aduanas, Estados Unidos no permitía a sus deudores europeos lograr los dólares necesarios para pagar préstamos y relanzar sus economías; y por otro, la Banca privada y el Gobierno norteamericano no cesaban de emitir préstamos —ocho mil millones de dólares entre 1921 y 1927— e invertir en Europa, pero con una rápida repatriación de capitales. Ambos elementos, más la crisis propia del capitalismo en Europa, confluían para promover las devaluaciones y las convul-

CUADRO 2

Indices mundiales de producción industrial

(Base 1929 = 100)

Año	Mundial incluida la URSS	Mundial excluida la URSS	EE.UU.	Alemania	Francia	Inglaterra	Japón	Italia
1930	88,6	86,5	80,7	85,9	99,1	92,3	94,8	91,8
1931	79,1	74,8	68,1	67,6	86,1	83,8	91,6	77,6
1932	69,8	63,8	53,8	53,3	71,6	83,5	97,8	91,9

siones monetarias, que a su vez significaban inflaciones galopantes.

A partir de 1927, el patrón-oro y las devaluaciones lograron estabilizar la situación, pero así como el «dólar-gap» se hace crónico, también lo empiezan a ser enormes masas de capitales que se invierten en operaciones financieras y bursátiles con beneficios a corto plazo y que obviamente se invierten en países seguros. ¿País seguro? En esa situación sólo Estados Unidos lo era. Su producción (ver Cuadro 2) alcanzaba el 45 por 100 de la mundial y sus inversiones el 12,5 por 100 del total en el mundo. La inversión en Estados Unidos comenzó a ser la meta de gran parte de los capitales europeos: la Bolsa de Nueva York, Wall Street, los acogía con beneplácito, con el mismo beneplácito con que se acogían los millones de dólares provenientes de pequeños y medianos ahorristas que pretendían, tras la especulación bursátil, salir de la crisis en que los estaba sumiendo la economía norteamericana.

LA GRAN SACUDIDA DE OCTUBRE

La euforia por el crecimiento económico norteamericano se trasladó también a capas medias de la población, que, educadas en el individualismo del self-made-man, tenían, sin embargo, cada vez menos posibilidades de prosperidad. La crisis estructural del sistema se ocultaba tras la existencia de grandes cantidades de dinero: gran parte de él, a partir de 1927, iba a parar a la Bolsa.

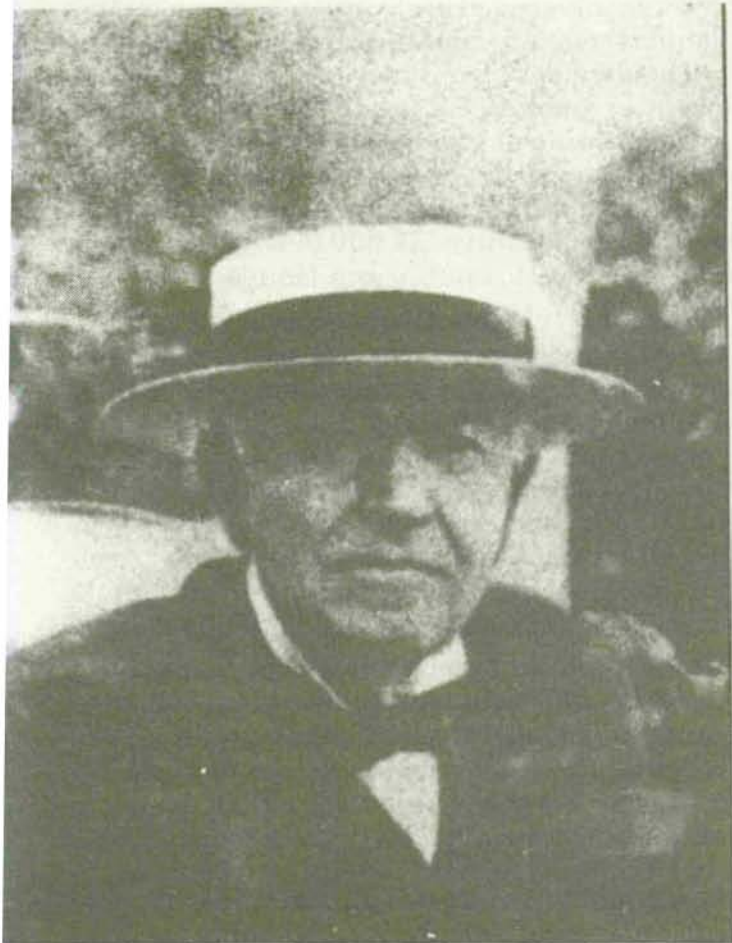
Según estudios realizados posteriormente, más de un millón y medio de personas participaban en las especulaciones bursátiles, aun cuando comenzó a notarse que el precio de los papeles no tenía ya ninguna relación con su valor real. La fiebre competitiva por descubrir primero cuáles acciones había que comprar ayudó a producir algunas de las páginas más brillantes de la literatura norteamericana: aparentemente, todo el mundo participaba de esa fiebre —comerciantes, profesionales, pequeños, industriales y aun empleados— dedicados a comprar acciones y a esperar que subiesen de precio. Pocos, muy pocos, se mostraban preocupados por algunos síntomas de desajuste que aparecían en la economía norteamericana: caía la producción (particularmente la metal-siderúrgica), la construcción estaba en crisis, las cosechas habían sido malas; mientras que en todo el mundo aumentaban considerablemente los precios de las materias primas.

Wall Street, en cambio, se había transformado en una calle popular. Para comprar acciones, los créditos se obtenían fácilmente, aunque



provocando otro tipo de especulación y mercado negro de capitales: el agente tomaba los títulos comprados como prenda; obtenía dinero de los bancos que lo prestaban al 12 por 100 de interés; y éstos a su vez lo obtenían de la Reserva Federal que a la Banca se lo cedía a sólo el 5 por 100.

Hasta que a principios de octubre de 1929 las acciones comenzaron a declinar y ya el día 15 caían a un promedio de entre el 15 y 49 por 100 por acción. La retracción comenzó a acentuarse y sólo había oferta de acciones, pero no de dinero, hasta que el jueves 24 afloraron las causas estructurales del sistema, y Wall Street y, sobre todo, los pequeños ahorristas, comenzaron a pagarla. Comenzaron, porque la crisis la pagaría todo el mundo. Ya en la tarde de ese día las escenas de pánico y de histeria comenzaron a ser frecuentes entre las casi treinta mil personas que se apiñaban en Wall Street. Algunas grandes corporaciones —**Rockefeller, United States Steel, Ford, General Motors, Banca Morgan**— trataron de detener la caída infundiendo confianza en el mercado, comprando acciones por encima de su valor mientras anunciaban un descenso en el precio de sus productos para estimular las ventas. Pero ya era tarde y lo único que consiguieron fue que algunos pequeños ahorristas salvaran parte de su dinero y que como los grandes



Ocho días antes del «crack», Edgar Hoover (con Edison a su derecha, en la fotografía), era aún el «Presidente Prosperidad».

financistas seguían comprando, agudizar el proceso de concentración de la riqueza. En el término de días, Nueva York, y todo Estados Unidos —Europa pretendía mantenerse al margen de lo que ocurría—, sufrieron una ola de suicidios, cierre de bancos, descubrimiento de fraudes de todo tipo, venta (o casi regalo) de empresas quebradas, cierre de comercios: y era sólo el comienzo.

Algunas de las causas de la crisis —ya que poco importa el momento de su desencadenamiento— han sido vistas. Como, por ejemplo, la mala distribución del ingreso, con una pauperización disimulada por la abundancia de circulante y una rápida acumulación monetaria en la cúspide de la burguesía norteamericana, mientras el sistema no poseía respuestas para mantener el nivel de vida de las capas medias. A su vez, la deficiente estructura de las grandes empresas norteamericanas, que, como se indicaba más arriba, frenaban la economía de competencia para un sistema que aún dependía de ella; hecho que en los primeros meses de 1929 produjo una retracción en las inversiones que llevó a un rápido proceso deflacionario, del cual la Bolsa fue un reflejo inmediato y fiel. Otra de las causas, y que sería una de las que más directamente afectaría a Europa, fue la anormal situación en que estaba el comercio exterior

norteamericano y, más ampliamente, el papel de la economía norteamericana en el resto del mundo. Por un lado, Estados Unidos había ido asumiendo el papel de principal fuente de créditos a nivel internacional y de principal inversor directo. Sólo en 1928 el superávit de la balanza comercial norteamericana había sido de 1.000 millones de dólares, y éste era el segundo factor: de resultados de ambos, ser el principal vendedor y el primer acreedor, se llegó a un punto en el que las ventas norteamericanas cayeron en todo el mundo, justo cuando al mismo tiempo el mercado interno se sobreesaturaba y perdía capacidad adquisitiva. Esta era una tendencia que se manifestaba desde hacía años, pero que adquirió gravedad en gran medida gracias a los restantes factores vistos, incluso merced al avance tecnológico en el que Estados Unidos aventajaba ya bastante al resto del mundo. Finalmente, cabe destacar una responsabilidad directa en la crisis —y en particular a su espectacularidad— a la caótica, aunque floreciente, situación de la Banca norteamericana. Floreciente en cuanto albergaba esas ingentes sumas monetarias provenientes de los mercados interno y externo, pero caótica porque, además de ser uno de los pocos sectores que aún resistía el proceso de concentración monopólica, cada entidad funcionaba autónomamente sin ningún tipo de vinculación de servicios, lo que ocasionaba, entre otras cosas, una desenfrenada puja y un permanente traspaso de capitales en función de las ofertas. El **crack** de la organización bancaria fue anterior y determinante del **crack** bolsístico: en los primeros seis meses de 1929, declararon iliquidez de pago 346 bancos en todo el país, afectando a más de 115 millones de dólares en depósito. Después de octubre de ese año, y sobre todo con la posterior depresión, los cierres de bancos fueron habituales y las corporaciones bancarias terminaron dominando el mercado e imponiendo en él sus condiciones.

Pero también jugó un papel determinante el hecho de que el capitalismo había agotado una etapa de crecimiento y no tenía aún una opción ideológica para su reemplazo, como no la tenía para enfrentar la crisis. El **laissez-faire** y el típico liberalismo de entonces cayeron tan violentamente como las acciones de Wall Street, dejando a la gran burguesía norteamericana carente de óptica, como no la había tenido durante los años del optimismo y la euforia para articular sus propios mecanismos de defensa. Ni esa burguesía ni el Estado

tenían preparación para enfrentar la crisis; y aún más, ésta fue inicialmente tomada como una depresión coyuntural: haría falta el costo social de la crisis y la aparición de una alternativa política-económica para que aquélla fuese considerada como tal. Ya nunca más la vida en Estados Unidos sería como antes del crack; desaparecerán las posibilidades de ascenso individual de granjeros, comerciantes o industriales y la pequeña burguesía se transformará en asalariada con un muy alto poder adquisitivo. Y por sobre todo, quedaría claro la necesidad del intervencionismo del Estado como organizador, corrector y moderador del sistema capitalista, justamente en la etapa en que éste asume un carácter monopólico de tal magnitud que necesita, al mismo tiempo, el dominio y la utilización del Estado en su conjunto.

Durante casi una década Estados Unidos —su pueblo trabajador, especialmente— pagarían las consecuencias de la crisis, de la que se comenzaría a salir a través del New Deal y gracias a la carrera armamentista y la Segunda Guerra Mundial. También Europa saldrá adelante finalmente, aunque su coste se exprese en la multiplicación de las autocracias (Portugal, Alemania, Italia, etcétera) y en la radicalización de los conflictos socio-políticos.

EL NEW DEAL EN MARCHA

A partir de 1929, a medida que la depresión avanzaba, y pese a los discursos en contra de republicanos y demócratas, el Estado fue paulatinamente tomando intervención en la economía norteamericana, que se instauraría legalmente con el New Deal.

La contracción que siguió al crack de octubre nunca había sido registrada en Estados Unidos. En 1932 la renta nacional era de 40.000 millones de dólares contra los 81.000 millones a que ascendía en 1929. Todos los precios y acciones habían bajado estrepitosamente y el paro superaba los 10 millones de desempleados mientras que los salarios habían perdido, en sólo cuatro años, el 43 por 100 de su poder adquisitivo. En 1932, también, la venta total agrícola había descendido a 5.500 millones de dólares contra los 15.500 que significaba en 1929 y el algodón se vendía a 0,06 dólares la libra contra los 0,16 de cuatro años antes.

Ya pocos meses después de la iniciación de la crisis comenzaron a aparecer dos tendencias en Estados Unidos: por un lado quienes sostenían que el Estado debía asumir la responsabilidad ante la incapacidad de los capitalistas

para resolver la crisis; y quienes se oponían a la intervención, confundiendo la delimitación ideológica de lo político y lo económico con la no-intervención. En las elecciones de 1932 se mostró como el más ferviente defensor del liberalismo el hombre que menos lo aplicó: el candidato demócrata, **Franklin Delano Roosevelt**, que obtuvo 22.800.000 votos contra 15.700.000 del republicano Hoover.

En esencia, el New Deal consistió en establecer vigilancia sobre los bancos y mercados financieros, otorgar ayuda a los agricultores, ejercer la regulación de la producción y promulgar una nueva legislación de seguridad social, haciendo que el Estado desencadene una ola de inversiones no productivas —es decir, aquéllas que no competían con el capital monopolista— que permitían mitigar la desocupación y aumentar la demanda global.

Desde el punto de vista práctico, las medidas tomadas por Roosevelt fueron controlar bajo supervisión federal a los bancos; créditos para reequiparlos; declaración de la moneda inconvertible y traspaso del oro al Estado que lo abolió como patrón a favor de la moneda emitida por el Gobierno federal; a través de la Comisión de Valores e Intercambio comenzaron a ejercerse ciertos controles sobre las transacciones; se extendió el crédito a empresas y sociedades en peligro de quiebra y a particulares que estaban a punto de perder sus viviendas por las hipotecas; se promulgó la Ley de Ajustes Agrícolas y se establecieron subsidios a agricultores para controlar la producción; se creó el Cuerpo Civil de Conservación, que pretendía dar trabajo a 250.000 personas; se promulgó la Ley de Seguro Social que establecía seguros contra el desempleo, la vejez y la invalidez; y se estimuló a los Estados a tomar medidas contra la desocupación. Además, y esta fue la más demostrativa del New Deal, se promulgó la Ley Nacional de Recuperación Industrial, que autorizó al Gobierno a invertir más de 3.000 millones de dólares en obras públicas, a fin de disminuir la desocupación.

Pero esa Ley mencionada originó la más fuerte de las reacciones de los monopolios contra Roosevelt. No sólo para imponer que el Estado interviniese en inversiones no productivas, es decir, que no compitiese con ellos, sino porque en su cláusula 7.^a reconocía a los obreros el derecho a sindicarse y negociar colectivamente los convenios laborales. Esto dio un nuevo impulso al sindicalismo, expresado en masivas afiliaciones a los sindicatos, pero sin que estos dejaran de estar dirigidos por burócratas ligados a las empresas y al Estado. La intransigencia de las empresas y el interven-

cionismo del Gobierno impidió cualquier transformación de los sindicatos norteamericanos en organismos reivindicativos y condujo, finalmente, a que el New Deal tuviese que ser aceptado como inevitable por el conjunto de los trabajadores, que poco ganaban con él.

Roosevelt continuaba produciendo su reforma social del capitalismo liberal cuando Keynes, en su **Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero**, publicada en 1936, le da contenido teórico. «El Estado —escribe— tendrá que ejercer una influencia orientadora sobre la propensión a consumir, a través del sistema impositivo, fijando la tasa de interés y, quizá, por otros medios. Por otra parte no parece probable que la influencia de la política bancaria sobre la tasa de interés sea suficiente por sí misma para determinar otra tasa de inversión óptima. Creo, por lo tanto, que una socialización bastante completa de las inversiones será el único medio de aproximarse a la plena ocupación; aunque esto no necesita excluir forma, transacción o medio por los cuales la autoridad pública coopere con la iniciativa privada. Pero, fuera de esto, no se aboga francamente por un sistema de socialismo de Estado que abarque la mayor parte de la vida económica de la sociedad. No es la propiedad de los medios de producción la que conviene que el Estado asuma. Si éste es capaz de determinar el monto global de los recursos destinados a aumentar esos medios y la tasa básica de remuneración de quienes lo poseen,

habrá realizado todo lo que le corresponde. Además, las medidas indispensables de socialización pueden introducirse gradualmente sin necesidad de romper con las tradiciones generales de la sociedad».

El New Deal era la aplicación de las teorías keynesianas casi al pie de la letra. Como hemos descrito, una copiosa legislación normalizaba las actividades económicas norteamericanas, regulándolas, orientándolas y refiriéndolas al interés superior de los monopolios bajo la batuta del Estado. También significó un avance desde el punto de vista de las libertades individuales y los derechos sociales: salarios mínimos, jornadas máximas de trabajo, seguro de desempleo, préstamos para viviendas, mayores libertades sindicales; combinando un Estado permisivo con los altos costes de la crisis que ese mismo Estado había provocado y tolerado.

La brutal pauperización que siguió al crack del 29 originó también respuestas obreras esporádicas y aisladas, ya que la A.F.L. seguía dominada por dirigentes ligados al Gobierno. Las huelgas «salvajes» se multiplicaban por todo el país, junto con los cierres de empresas y una creciente desocupación —treinta millones de personas en el mundo occidental en 1932, según la Oficina Internacional del trabajo—, combinada con la degradación económica. En el período 1929-1932 la producción industrial había caído en un 36,2 por 100 y Estados Unidos redujo su participación en la pro-



«—Doctor, si los ferrocarriles suben, haga que compren cuatro mil acciones». (Caricatura de Carl Rose en 1927).

ducción industrial mundial del 44,8 por 100 al 34,4 por 100. **Largas colas** de desocupados en busca de un plato de comida comenzaron a caracterizar a una sociedad que hasta pocos meses antes vivía la euforia de la abundancia, con el agravante de que se debieron campear tres años de pésimas cosechas debido a graves sequías. Todavía en 1937, al asumir su segunda Presidencia, Roosevelt debía declarar «... **Pero he aquí el desafío a nuestra democracia: en esta nación veo a millones de sus ciudadanos, una parte considerable de su población, que en este momento han sido privados de gran parte de lo que los ínfimos niveles actuales consideran los requisitos de vida...**». Recién en 1938 la producción norteamericana alcanzará los niveles de 1929, pero ya para

entonces se está en los umbrales de una economía de guerra, ya desde entonces la industria armamentística tendría una importancia determinante en la economía norteamericana que sigue teniendo aún hoy. Fenómeno que era patente también en Europa, en la que el desarrollo y desenlace de la crisis tuvo algunas características distintas, pero igual nivel de contundencia.

EUROPA EN CRISIS

Si bien las repercusiones de la crisis se hicieron sentir en toda Europa —con la sola excepción de la URSS, que gracias a su marginamiento del mundo capitalista podía evitar que las convulsiones del mercado mundial afectaran su aparato productivo—, sus efectos fue-



La población desesperada espera nuevas noticias ante el Stock-Exchange, de Wall Street.



«—Parados, comprad manzanas a cinco céntimos.—»

ron disímiles para cada país, dependiendo entre otras cosas de su grado de desarrollo. Si hay coincidencia en señalar que el punto máximo de la crisis lo vivió Europa en 1932: España, como veremos, sería un año más tarde. Junto a Estados Unidos, Alemania fue el país al que más afectó la depresión económica mundial. Si se observa el Cuadro 2 se verá que en 1932 tenía un índice de producción del 53,8 en relación al 100 de 1929; y ya para entonces «disfrutaba» de seis millones de parados. Alemania tenía una profunda dependencia de los créditos extranjeros, particularmente norteamericanos, y su corte precipitó una crisis financiera sin precedentes, con hundimiento de los valores de la Bolsa, desaparición de las reservas, cierre de bancos que incluyen, en 1931, el quiebramiento del Darmstadter und Nationalbank. Junto a estos indicadores, el caso alemán representa también el que más acusó la quiebra de sus estructuras políticas, comenzando por el fin de la República de Weimar y el ascenso del nazismo, que en las elecciones de julio de 1932 había alcanzado más de 13 millones de votos. Probadas ya algunas medidas clásicas antes de la subida de Hitler al poder (proceso deflacionario, congelamiento de las inversiones públicas, etc.),

éste logra resolver algunas de las expresiones de la crisis mediante el desarrollo de la industria armamentística y la expansión militar. Similar remedio empleó el gobierno japonés cuya economía, aunque también muy dependiente de la norteamericana, había sufrido en menor proporción el sacudón de octubre: las devaluaciones, la contención del gasto y la potenciación de la economía de guerra lograron que hacia 1936 se recuperaran los índices de 1929.

En Francia e Inglaterra, en cambio, los efectos fueron menores y, en el país galo, demoraron aún más en hacerse sentir. En el caso inglés, la principal afectación correspondió al comercio internacional, piedra angular de la economía británica, ya que las exportaciones se redujeron a casi la mitad, en función de la crisis que afectaba al resto de los mercados. Hubo también una retracción en la actividad industrial, con un agravamiento del paro —tres millones en 1933— y una menor demanda de consumo, pero eran sólo un agravamiento de tendencias ya manifestadas antes de 1929. El remedio inglés consistió en un abandono del librecambio, un fuerte intervencionismo del Estado —siguiendo los moldes de Keynes— y una brusca devaluación de



En medio del desastre, se acude a un espectro de 90 años: John D. Rockefeller.

la libra para mitigar los efectos de la debacle en las exportaciones, junto al abandono del patrón oro. También en Inglaterra la derecha ganaba posiciones, y en las elecciones de 1931 los conservadores literalmente barrieron a los laboristas: 472 escaños contra sólo 46.

También en Francia las exportaciones sufrieron un gran deterioro, pero su economía nunca llegó a alcanzar los niveles de descenso de la actividad industrial y de paro de los otros países desarrollados. Recién en 1935 los efectos se hacen notorios y se expresan en la victoria del Frente Popular en las elecciones del año siguiente. En este caso, el intervencionismo del Estado respondió a las tendencias socialistas del Frente y la ley imponiendo la semana laboral de 40 horas, además de acallar buena parte de las protestas obreras, permitió disminuir la cifra de parados.

Los otros dos países europeos seriamente afectados por la depresión fueron Austria y Checoslovaquia, este último el único industrializado de la zona oriental. En el primero hubo cierta similitud con el caso alemán, con la quiebra de bancos y entidades financieras y un profundo agravamiento del paro y la infla-

ción. Checoslovaquia llegó a perder casi todos sus mercados externos y a tener un 20 por 100 de su población activa en paro, a lo cual debió sumar la brutal caída de los precios agrícolas, lo cual incidía en una menor demanda campesina y la retracción del mercado interno; el descenso de la producción industrial alcanzó así los bajos niveles de los países industrializados.

A partir de las distintas realidades sobre las cuales actuó la crisis, también distintas fueron las respuestas de los Gobiernos, pero entre los elementos comunes es necesario señalar las devaluaciones, el abandono del patrón oro y un cada vez mayor intervencionismo del Estado en la regulación económica del país. De la misma manera, aunque los avances nacionalistas fueron comunes, los historiadores coinciden en señalar que si la crisis no fue la única causa del crecimiento de los regímenes autoritarios, sí sirvió como desencadenante y catalizador y que en algunos casos, el nazismo en particular, fue utilizada y aprovechados sus efectos, dando respuesta a una clase obrera sin alternativa y sumida en la miseria por los regímenes liberales clásicos.

ESPAÑA, UN CASO APARTE

Tampoco en el caso español hay unanimidad en los estudiosos del tema sobre el real alcance de los efectos de la depresión mundial en la economía española, aunque todos afirman que 1933 fue el año cumbre de la crisis en nuestro país. La República había heredado serios problemas de la dictadura primorriverista, entre los que figuraban una Deuda pública de más de 20.000 millones de pesetas, la devaluación natural de la peseta en los mercados internacionales y la suspensión de numerosas obras públicas en un intento de relanzar una política deflacionista, que lo único que consiguió fue aumentar las cifras de parados. En todo caso, a los problemas estructurales de la economía española, la República debió enfrentarse a la crisis mundial devenida después de 1929.

Uno de los sectores que más sufrió la crisis fue el del comercio exterior, ya que aumentaron las importaciones de materias primas, productos químicos, manufacturas y maquinarias, mientras decaían las exportaciones, particularmente las de productos agrícolas. También en el plano bursátil los valores habían tenido franco retroceso entre 1930 y 1932, comenzando su recuperación a partir de 1933.

En cambio, España no atravesó con igual intensidad que otros países europeos la crisis: las caídas de precios fueron leves; las entonces



Las «hoovervilles» (ciudades de Hoover), chabolas de hojalata, proliferan en los suburbios de las grandes ciudades.

claves industriales textil y metalúrgica lograron mantener sus cuotas de producción; y los depósitos bancarios y de ahorro sólo sufren una merma en 1933. Comenzada en 1931, la depresión de la industria española también alcanza su cota máxima en 1933. Sin embargo, y ahí reside una de las diferencias con el resto de los países afectados por la crisis, ya en 1935 España había logrado recuperar el nivel de producción de 1929, sin aplicar el New Deal norteamericano.

Entre el cúmulo de medidas tomadas por los Gobiernos republicanos para enfrentar la situación, conviene recordar la ley de ordena-



Durante casi una década Estados Unidos pagaron las consecuencias de la crisis, de la que se comenzaría a salir a través del New Deal y gracias a la carrera armamentista y la Segunda Guerra Mundial. (En la fotografía, Franklin Delano Roosevelt).

ción bancaria, de 1931, que otorgaba al Estado intervención directa en el Banco de España y le permitía regular el tipo de descuento; y la ley de impuestos sobre la renta, en 1932, que daba a la Administración una nueva fuente de ingresos provenientes de los impuestos sobre las personas físicas, establecidos progresivamente.

Pero a pesar de esta menor influencia de la crisis —ayudada por años consecutivos de buenas cosechas— ésta repercutió permanentemente en el plano político, y las elecciones de 1933 y 1936 son un buen ejemplo de ello. Cincuenta años después de aquellas jornadas de octubre de 1929, aún subsisten polémicas sobre el porqué del desencadenamiento de la crisis y el porqué ésta afectó tan brutalmente a casi todos los países desarrollados y aun a los principales productores de materias primas. El agotamiento del modelo desarrollado por el capitalismo norteamericano implicaba su reemplazo en base a nuevas fórmulas de dominio del Estado por los monopolios y de participación de ambos en la economía mundial; y la caída de aquel modelo arrastró a las economías más débiles o a las más dependientes de la norteamericana. Con un coste alto. Parte de ese coste fue permitir el ascenso del nazismo en Alemania y prepararse para solucionar la crisis a través de la guerra. Guerra que fue la última consecuencia lejana del crack, que más allá de la Bolsa de Nueva York, afectó a toda la estructura del capitalismo mundial.

■ L. G.